BUERO VALLEJO, AUTOR MORAL

La revisión general de valores que se realiza en el mundo actual tiene sometidos a una especie de cuarentena o depuración a una serie de vocablos que los escritores eluden y que el público repudia o tolera con resistencia: por ejemplo, *honor, virtud, amor, patria, moral...* Son palabras desprestigiadas por su mal uso secular, por la corrupción de sus conceptos prístinos y que necesitan ser reivindicadas en su etimología justa. En cambio, otras palabras de moda las sustituyen, representando ideas en alza o en plena valoración: hoy una de ellas es la palabra *social,* abusivamente aplicada a los diversos géneros literarios, cuando esto constituye, por lo menos, una inexactitud verbal y con frecuencia, un equívoco interesado. Pues sin duda tiene derecho a ostentar el calificativo de *social* todo cuanto se refiera a la sociedad, en cualquier aspecto y con cualquier finalidad que se enfoque. Y de hecho, está sucediendo que escritores de las ideologías más opuestas reivindican para sí el título de *sociales* y lo esgrimen como mérito decisivo para su éxito social, precisamente. Sabido es también que el ambiguo término es utilizado por temor o necesidad, a conciencia de que no quiere decir nada, para encubrir el concreto concepto de *socialismo:* como si éste fuera un pecado que no osa decir su nombre.

Lo importante y definitorio de un escritor—que es siempre un hombre público, por su obra—es la actitud que ésta expresa ante la sociedad en que se produce. Y tanto en la historia como en el presente todos los escritores se dividen, por su temperamento y formación, en dos grandes grupos: los moralistas y los amoralistas. (Aquí sería conveniente una imposible digresión analítica de *lo moral* y *lo amoral,* para atajar la tendencia a exaltar *a priori* el primer concepto y reprobar el segundo, cuando, en verdad, aunque se desarrollen desigualmente, ambos son innatos en el hombre y expresan el doble instinto social e individual.) A *grosso modo,* puede decirse que los escritores morales son los que pretenden "cambiar la vida"—como pedía el poeta—y constituyen una ilustre genealogía, con nombres como Aristófanes, Séneca, Molière, Calderón, Quevedo, Sade, Tolstoi, Camus, Bertold Brecht, Henry Miller, Sartre, en fin, todos los que la terminología actual llama "realistas críticos", "comprometidos", "inconformistas", "rebeldes"... Los escritores amorales son los que quieren hacer obra de arte con la vida, aceptándola tal como es. Y también tienen muchos y grandes representantes, como Eurípides, Lope de Vega, Shakespeare, Goethe, Stendhal, Gide y cuantos hoy calificamos de "independientes", "estetas", "escritores puros" o meros "realistas testimoniales".

(Bien mirado, aún todos éstos "cambian la vida", aunque no se lo propongan.)

Antonio Buero Vallejo pertenece, sin disputa, a la noble estirpe de los escritores moralistas. Esta condición y su evolución afirmativa son palmarias a lo largo de su producción teatral: desde la *Historia de una escalera,* que en su clásica estructura de sainete de costumbres encerraba la primera franca crítica de nuestra posguerra hasta las vivas "lecciones"—presentistas, pese a su transposición temporal—de *Las Meninas* y *El concierto de San Ovidio.* También parece vieja y olvidada la divisa que en el siglo XVII propuso el poeta francés Santeul para la comedia: *Castigat ridendo mores.* Pero lo cierto es que, al través de reacciones adversas—un moralista audaz como Restif de la Bretonne se indignaba, en el siglo XVIII, de semejante teoría—y de la permanente polémica que abrió el "libertinaje" intelectual del Romanticismo sobre los fines del arte, el corregir las costumbres divirtiendo—distrayendo, en sentido más lato—siempre ha sido la pretensión más auténtica del teatro, desde la Francia del *maître* Molière hasta la actual Rusia soviética. Y en España, es Buero Vallejo el más digno y valioso representante de esta tradición dramática que nunca fué fácil ni cómoda. Puesto que ahora y siempre significa combatir intereses creados, disciplinar el ánimo contra el relajo tentador, rascar el "yo" social epidérmico para llegar al "yo" profundo e insobornable de que hablaba Ortega; significa mantener una actitud didáctica, educativa, asumir el papel ingrato de *dómine.* (No se olvide que *dómines* fueron todos los grandes reformadores y fundadores de religiones.) Por todo esto, el teatro de Buero Vallejo suscita entusiasmos y enconos. Pues también el público teatral se divide, naturalmente, en dos clases: el moral, que acepta la llamada a su conciencia, y el amoral, que no admite lecciones de nadie.



ELENA SORIANO